

El Camino Amarillo

CUADERNO DE ARTISTA

Cuando cruzo los páramos atravesando desoladas carreteras me encuentro en ocasiones con pordioseros que caminan de un pueblo a otro cargando con todas sus pertenencias. Su estampa guarda un notable parecido con el arcano del Loco en el Tarot de Marsella. Si voy al volante no me puedo fijar en su rostro alucinado y roto. Por fortuna, cuando es otro el conductor, echo una mirada furtiva a los últimos miembros de una vieja estirpe: la de aquellos seres que recorrían los burgos medievales europeos a bordo de alguna *stultifera navis*. Sus harapos eran de vivos colores, mezclados todos de manera desconcertante, si nos guiamos por el aspecto de ciertas figuras que aparecen en cuadros de Brueghel o de El Bosco. Un pensador contemporáneo, Michel Foucault, nos dejó también una buena descripción de su vida y aspecto, concretamente en el primer capítulo de su *Historia de la locura en la época clásica*, Según

Foucault, proscritos de la sociedad y enfermos mentales no son figuras netamente diferenciadas para la mente medieval. (ni para la nuestra, como veremos en este texto). Ya en el siglo XX, un poeta de las ásperas tierras ibéricas, Antonio Machado, se sintió impresionado por esos caminantes perdidos que aún hoy yo veo. Un poema de *Campos de Castilla* habla de un loco rural que anda solitario, perorando con un imaginario compañero, mientras la noche cae indiferente a sus exaltadas palabras. Verdad es que en Castilla nunca faltaron ni caminos ni locos, la tupida red de vías pecuarias todavía sorprende a los contemporáneos senderistas que se animan a caminar. Con respecto a los locos que por ellas transitan, basta fijarse en la literatura picaresca española, llena de estrafalarios caminantes, casi ninguno cuerdo. No es de extrañar entonces que Cervantes pusiera en paralelo a estas gentes rebozadas de polvo con aquellas otras que moran en los reinos encantados, transformadas unas en otras por obra de la excitable fantasía de Don Quijote.



Arcano del Loco. Tarot de Marsella

Rastreando el folclore de algunos pueblos españoles se advierten personajes similares al loco del Tarot que tienen un gran arraigo popular en diferentes celebraciones. Son figuras vestidas de colores chillones que desfilan a menudo durante las procesiones del Corpus, denominadas según el lugar *botargas*, *guirrias*, o *cachimorras*. Abren la comitiva con brincos y exhortaciones a los viandantes para que guarden el debido respeto al Sagrado Sacramento. (no es noticia que a muchos locos les encantan las procesiones, desfilan en ellas bien tocando el tambor, bien enarbolando un pendón o estandarte). Un ejemplo de saltimbanqui lo tenemos en Castrillo de Murcia (Burgos); es el *Colacho*, diablo de traje amarillo que vuela sobre colchones llenos de infantes, inmortalizado gracias a las fotografías de Cristina García Rodero. Locos multicolores también participan en las ricas y variadas mascaradas de invierno que se celebran en pequeños pueblos del occidente zamorano, como el *Zangarrón* de Montamarta, la *Visparra* de San Martín de Castañeda-Galende., o la *Filandorra* de Ferreras de Arriba . En otras festividades un loco es agredido ritualmente por la multitud enfervorizada; tal es el caso del *Cipotegato* en Tarazona (Zaragoza) o del *Jarramplás* en Piornal (Cáceres)



La Visparra. San Martín de Castañeda-Galende

Un estudio más amplio de vestimentas y actitudes similares podría realizarse en todo el ámbito indoeuropeo, e incluso en el mundial Carezco de los conocimientos suficientes para desarrollar tan magna tarea, pero si reconozco al Arlequín, (zanne) de la *Comedia dell'Arte*, al Flautista de Hamelin, a los *caluçari* rumanos, como emparentados con nuestros coloridos locos ibéricos. He encontrado incluso, similitudes lejanas todavía más sorprendes: el *Belsnickel*, un émulo de Santa Claus, errante y en harapos, trae los regalos de Navidad en ciertos condados de Pensilvania y Maryland, (si los niños no se portan bien en vez de agasajarlos con presentes, los fustiga con un látigo). Yo mismo viví una impactante experiencia fortuita y ajena a festividad alguna en Ischia; una pequeña isla del Golfo de Nápoles: un hombre entrado en años, con el torso desnudo, cayado en mano y portando una corona de flores, se montó en uno de los pequeños autobuses que recorren la isla. Sin más, comenzó a galantear con las señoras y a contar chistes, mientras el resto del pasaje se partía de risa.

El imaginario popular de seres fantásticos nos ofrece también interesantes pistas sobre las vestimentas llamativas. Los duendes, relacionados con frecuencia con los trastornos mentales, tal y como se creía durante el siglo de oro español, visten tradicionalmente ropajes similares a botargas y arlequines. La mayoría de ellos son domésticos, (siendo quizás proyección de las conflictivas relaciones familiares gestadas al calor del hogar), pero existen variedades más o menos silvestres, como por ejemplo el *diañu* asturiano, de acentuado parecido con los faunos, el *cerdet* alicantino, el *ieltxu* vizcaíno, los *esgarrapadones* catalanes, que suelen habitar en el exterior de las casas, recorriendo calles, caminos o sombrías veredas, mientras gritan o persiguen a las jovencitas imprudentes. Curiosamente los duendes castellanos, llamados *martinicos* o *familiares*, son caseros, mientras que, por el contrario, las figuras más o menos imaginarias que transitan por los páramos tienen un marcado aire maléfico, como ocurre con los Sacamantecas u hombres del Saco, quienes no son locos traviesos e inofensivos, sino

psicópatas directamente desalmados, y su encuentro con ellos acarrea a los niños un peligro de muerte..

Durante la infancia me aterraban los payasos por sus rojas narices y sus colores chillones, tampoco me gustaban los vagabundos; la verdad es que era muy miedica. Pero al llegar a la adolescencia descubrí la humanidad de los menos favorecidos, entonces las tribulaciones de aquella edad me hicieron tomar conciencia del lado sombrío de la vida, aquel por el que, alguna vez, todos transitamos. Lo que nunca imaginé es que algún día iba a saber algo sobre las vidas de esos locos de los arceses (en Castilla llamados “carrilanos”) que una vez tanto recelé. Increíblemente, así ha sido. No contaré todos mis encuentros, tan sólo aquellos más recientes y adecuados para el asunto que nos ocupa. Resido una porción del año en un pueblo del Norte de Palencia, y visito frecuentemente otro (éste de minúsculo tamaño) en el Sur de la misma provincia. De ambos lugares tomaré mis historias.

Empezaré con Mariano, un loco muy típico, unos amigos míos lo conocían y le trataban con cariño cuando venía furioso. Se parecía mucho a Saddam Hussein (cuando lo encontraron en su escondite), igual de barbudo y con la misma sucia melena. Iba y venía del pueblo según le apetecía, y siempre a pie. Hablaba sólo y bebía cartones de vino como un vagabundo más. Ahora que Mariano se ha reformado, ya no es un nómada sucio, le veo con el pelo rapado y casi no le conozco. Mi favorito, no obstante, es Severino: este viejecito es un dadaísta involuntario. Le gusta pasear pero rara vez se marcha del pueblo, debe de tener una pequeña huerta con una caseta (que no conozco) situada en las afueras del mismo. Lo mejor de Severino es su atuendo; empezando por su cayado, lleno de cintas de colores, flores, llaveros, fotografías... Al andar, toda esta parafernalia produce un sugerente traqueteo. La chaqueta de Severino tampoco tiene desperdicio, cuelga de ella todo lo que encuentra, incluidas fotos de revistas que ensarta con imperdibles como si fuera todo él un hombre-anuncio. No hay que fiarse sin embargo de su alegre colorido, sé que Severino, como el *Belsnickel* americano, tiene muy malas pulgas y le gusta perseguir enfadado a los niños (me lo han dicho mis alumnos, por los que también conozco su nombre). También en el Sur de la provincia encuentro gente con parecidas tendencias a decorar la miseria, gentes que padecen ese *complejo de trapero* que tanto interesó a Walter Benjamín y que hoy denominamos un tanto groseramente *síndrome de Diógenes*.

Tanto Fidelín como Tomás, vecinos del pueblo de Villaconancio (Palencia) poseen extravagantes cabañas en sus respectivas huertas. Mucho de lo que el pueblo tira lo reciclan ellos. Ambos son huraños y gustan más de las afueras que de las reuniones en la plaza del pueblo. Se diría que son caminantes frágilmente asentados, como el Loco del Tarot, quien únicamente en sitios así de precarios, pernoctaría a gusto.



Cabaña en la huerta “del Tomás”.
Villaconancio (Palencia)

Como artista me he sentido muy atraído por el tipo humano definido por el Loco del Tarot; tal vez por el hecho de vivir una vida nómada entre Madrid y los recónditos lugares en los que trabajo, dibujo, pinto o escribo. A veces temo extraviarme por los caminos, no saber ya quién soy, o algo peor aún: que, creyéndolo saber yo, no lo sepan los demás, que termine pregonando por ahí una identidad hueca, para mí convincente y para el mundo absurda (al modo de Don Quijote). Mi forma de pensar y de ser artista, tan distinta del rancio conservadurismo castellano plasmado en cuadros convencionalmente figurativos de viejos palomares y puertas carcomidas, me hace sentir en tierra de nadie, convertido en un loco agitador a ojos de las mentes demasiado quietas. Me siento un proscrito, alguien ajeno a la psique provinciana.

Ya en algún dibujo que expuse en el año 2005 en una galería de Madrid aparece una figura vestida de amarillo a la que le ha caído un rayo en la cabeza.



Superviviente electrizado.

Esta persona ha sido expuesta a varias descargas eléctricas. Sobrevivió a todas ellas pero ahora su mirada es fuego azul, sus ropas brillan en la oscuridad y a su alrededor un cinturón de energía nunca deja de cambiar de forma. Su socialización es difícil

En este trabajo, realizado en el año 2005, nunca expuesto, aparece un viejo vagabundo ataviado con vivos colores, cargando con un violín. (tal y como aparece el Loco en otras barajas del Tarot), que se encuentra un pequeño objeto mágico.



La caja de música

Destacándose entre el trino de los pájaros y el murmullo de las hojas, unos dulces sonidos han capturado la atención del viejo errante. Su origen es una cajita de música abandonada en mitad del bosque que misteriosamente aún sigue en funcionamiento. Dentro de ella, una diminuta y delicada bailarina gira y gira sin cesar. Tal vez ésta no sea sino una de las misteriosas hadas que según los lugareños, abundan en la floresta.

Después del año 2005, cuando incorporé la fotografía de edificios abandonados a mis trabajos sobre papel, he seguido igualmente inspirándome en los coloridos propios de los dementes. De la serie *Comunidad Fantasma*, centrada en el abandono que padece la zona septentrional de Palencia, existe una obra en la que exploro esos lindes del pueblo en los que dormitan armazones de viejas naves industriales, cobertizos sin uso claro, casetas derruidas, etc. Son lugares de transición entre la vida pueblerina, comunal, con una exterioridad salvaje de colores e instintos violentos.



Loca tragicomedia vecinal.

En el Pueblo las asambleas de vecinos eran con frecuencia tormentosas. Para eso se puso esta nave. Aquí, mientras actúan, danzan o juegan, resuelven sus problemas en un ambiente lúdico

En mis trabajos tridimensionales y pictóricos se ha reflejado de parecida manera esta fascinación. Ya en la exposición de *Cuentos Cúbicos* celebrada en Madrid en 2005 aparece un payaso-arlequín como protagonista en una de las cuatro historias que servían de punto de partida para las cuatro instalaciones.



CUENTO DE PRIMAVERA.

Musa en prados floridos.

En Celada (Cantabria) al llegar la primavera y florecer los prados, la moza casadera más hermosa del pueblo ha de pasar una mañana desnuda retozando en el prado. Su pretendiente mientras tanto se disfraza de payaso y va abrazando uno a uno a todos los vecinos de la localidad. La última en ser abrazada será la moza misma; después se celebrará un alegre banquete con comida y bebida en el que se anunciarán los esponsales.



Fotografías J. Calero

En la última exposición celebrada en CRUCE, nuestra casa común, una figura vestida de botarga, flácida como un espantapájaros derribado, hacía las veces de labriego castellano encandilado por una musa venida de latitudes tropicales.



Las musas tostadas

En los pueblos castellanos abundan los hombres solos. Muchos de ellos frecuentan los burdeles de carretera. Allí van a encontrarse con sus nuevas musas venidas de Hispanoamérica. Desoyendo consejos de familiares y amigos muchos les regalan su corazón. Los hay que dicen verlas incluso entre los trigales, apenas mozas, y ya tan atractivas como sirenas de tierra adentro.



Tras algunos años trabajando sobre esos extraños que a veces son vistos como payasos, otras como ogros, capaces al tiempo de la inocencia y del crimen, nos sé si he llegado a buen puerto o si yo mismo me extraviado por algún camino amarillo como el que da nombre a esta crónica. En Castilla los caminos de los virtuosos, de los que peregrinan en busca de salvación, consuelo, o de simple realización personal, conducen siempre hacia el Sol poniente hasta llegar a un campo de estrellas entre colinas verdes, allí donde aparecieron unos misteriosos huesos de un apóstol. Pero nuestros personajes, ambulantes más que peregrinos, nunca llevarían una viera sobre el laberinto de su frente, sus pasos no convergen en la mística luz de Compostela, sino en algún acogedor agujero que les libre (por unas horas) del imperio del trueno y del relámpago. No sé si ese lugar existe, si se trata quizás de una sucia y pestilente madriguera de la cual nadie jamás saldrá, pero si conozco a un hombre que sabe interponerse en esos andares sin rumbo, para hacer algunas preguntas a los orates que les hagan variar su camino, o siquiera orienten su deambular. Me refiero al psiquiatra Fernando Colina, ese sabio escéptico de Valladolid que cada sábado nos regala en *el Norte de Castilla* sus sorprendentes observaciones. Recientemente ha reunido algunas de sus columnas en un recomendable libro *De locos, dioses, deseos y costumbres*.(ed. Pasaje se las Letras). En el libro se exponen ciertas hipótesis muy interesantes sobre el germen de la Locura. El Deseo nace de una pérdida original, irreparable e irreparable, brecha que debemos taponar al precio que sea. Por supuesto, no lo logramos ni nunca lo lograremos, si bien en el camino aprendemos (¿aprehendemos?) un lenguaje, nos socializamos, y *devenimos conscientes* (mis escasos conocimientos psicoanalíticos son suficientes para que reconozca a Freud o a Lacan tras estas líneas). El Loco tal vez nunca sufrió sustracción alguna, ha permanecido mágicamente completo para sí mismo, como un andrógino místico (ese que los gnósticos conocían por *Adán Kadmós* o por *Anthropos Kosmikos*), mas ello no ha supuesto un grado mayor de realización, una meta-conciencia cuasi-divina, sino por el contrario una alarmante incapacidad para atribuir realidad al Mundo, para considerar a los otros seres humanos iguales en deseos y penurias. Vemos entonces como aquel estado de suma totalidad que en el Amor ansiamos (éste y no otro es el discurso del médico Hipócrates en *el Banquete* de Platón sobre el andrógino original) cuando se da efectivamente en el plano real, no conduce a angelismo alguno, sino hacia una identidad malograda, hacia un aborto psíquico.

La posible vinculación entre los trapos de colores y esta concepción de la locura aparece bajo este punto de vista como un vínculo relativamente simple de comprender, sencillamente los llamativos trapos, las lentejuelas baratas cosidas a la solapa de la

chaqueta, las flores en el ojal, las plumas en la cinta del sombrero, no son sino una expresión del Edén que los locos portan consigo, fragmentos del jardín del que nunca fueron expulsados. Ellos no viven en la desnudez culpable, sino bañados en nutricios colores, los trapos cuelgan de su cuerpo como los frutos del exuberante Árbol de la Vida. Hombres primigenios son, carecen de patria, y su lengua es un balbuceo incomprensible tan adherido a la esencia de las cosas que rehuye toda gramática (creo que es Dante quien dice del Diablo que es un buen gramático, no es de extrañar pues es el mejor testigo de la distancia que nos separa de lo divino y que, entre otras cosas, se expresa en las reglas desesperadas de la Gramática). No encuentran acomodo (permanente) en ciudad o pueblo alguno, pues estas aglomeraciones, excrescencias de la estirpe de Caín, no tientan a quien lleva una vida adánica.

Erasmo de Róterdam observó en la Locura un espejo humano polivalente como un cristal, un resto del Adán Universal, y por eso no pudo sino elogiarla como fuente de sabiduría. Pero no nos engañemos, los Locos también sufren (la mayoría de los que uno tiene noticia al menos, sufren de lo lindo). Y sus vestidos son entonces como una sinfonía agria, además de un estigma para identificarlos y prevenirnos de su inestable temperamento, especialmente en sociedades tan cromatofóbicas como la nuestra. Al verlos con esos atuendos nuestra mente junto a nuestro corazón, basculan como un péndulo entre la compasión y el misterio, entre la repugnancia y la secreta envidia. Los colores indiscretamente reflejan el roce irisado de nuestros pensamientos contra el Loco, contra ese Otro próximo y lejano a la vez. Por eso puede ocurrir muy bien que tanto el fenómeno humano de la Locura como el fenómeno óptico-psicológico del Color se den únicamente en los espacios fronterizos, limítrofes. Sin duda un eminente filósofo como Eugenio Trías tendría mucho que aportar en este terreno. Mi contribución será sin duda más modesta; simplemente, a veces el Mundo me parece constituido por una tectónica de bloques conformistas y átomos, que se rozan entre sí produciendo regiones volcánicas, sísmicas; allí donde surgen los trastornos mentales por efecto de titánicas compresiones y tensiones. También surgen allí esos otros trastornos para la vista (pues todo color no es sino una catástrofe larvada, una chispa entre moles grises que chocan). La vida en dichas regiones es contradictoria, si por un lado significa fertilidad, creatividad, energía, color; por el otro implica inestabilidad, convulsiones, sacudidas, locura. No es entonces extraño comprender por qué en culturas tan lejanas entre sí se ha vestido a los locos con vivos colores. Entre Color y Locura hay una afinidad estructural que no pasa desapercibida ni al investigador perseverante ni al ingenuo pueblerino. Sin duda Goethe quizás intuyó esa cualidad fronteriza del Color en su teoría, por eso le parecía ésta más convincente que la de Newton. El *Zwischen Welt* en el que se gesta el Color es también el espacio de Fausto, una liminalidad acelerada en el que Mefistófeles (más similar al Loco del Tarot que al macho cabrío) suspende el Espacio y el Tiempo. Gracias a la teoría de colores de Goethe imaginamos el mundo acelerado de Fausto pintado con un rabioso colorido. El vuelo faústico también nos lleva al camino de baldosas amarillas que debe seguir Dorothy para orientarse en el país de Oz, teñido en nuestra memoria para siempre por el incipiente Technicolor. Un camino amarillo similar al que titula estas líneas.

JOSÉ LUIS VIÑAS